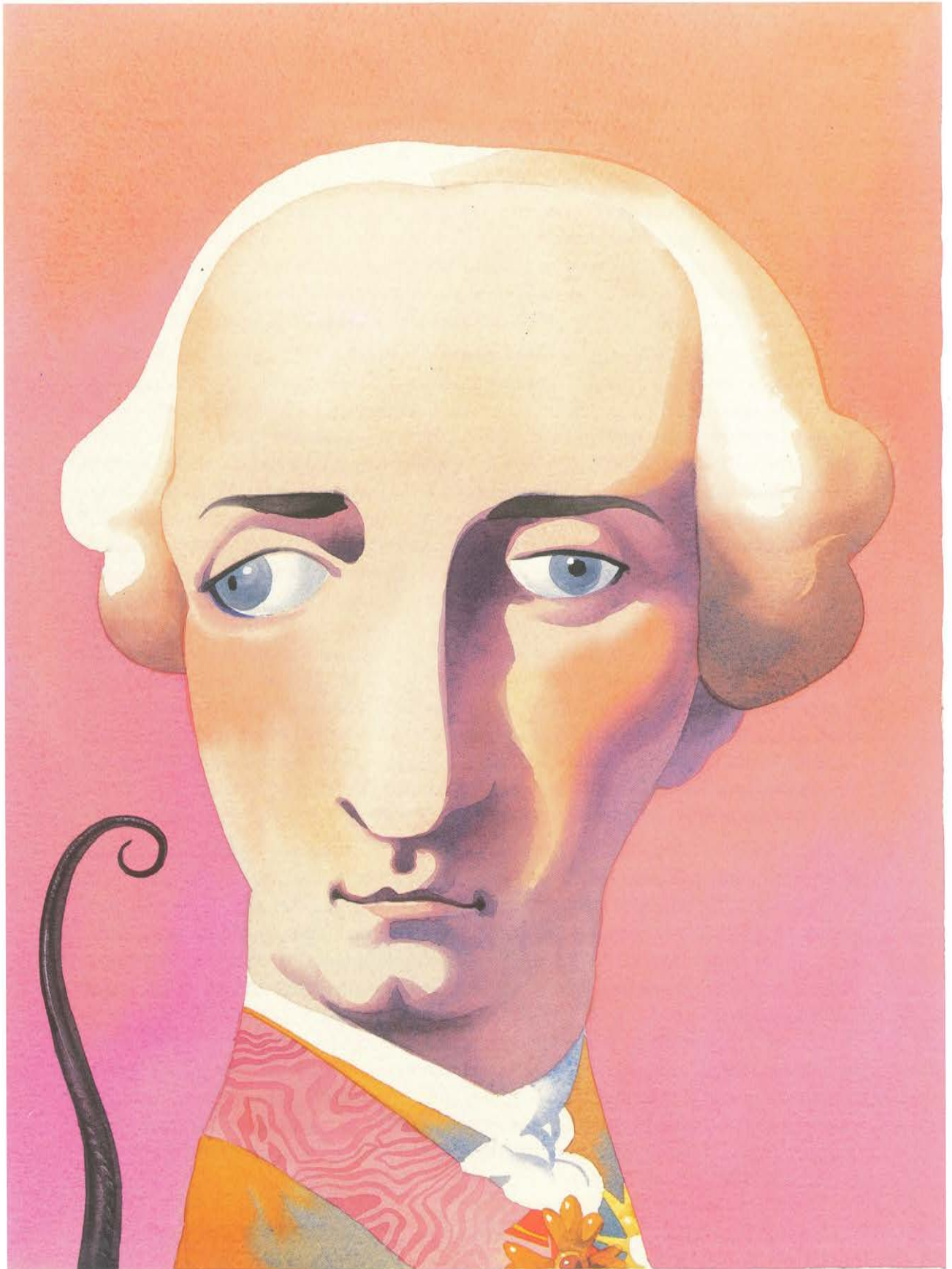


# LA LEYENDA NEGRA DEL CONDE DE ARANDA

**P**edro de Alcántara soñó al atardecer con una bandada de golondrinas sonámbulas. El sueño le hizo suponer que algo importante estaba a punto de sucederle y durante días anduvo expectante entre la tropa, mareado por la ansiedad y la incertidumbre. Parecía esperar una proeza súbita, la revelación de una debilidad o un milagro definitivo que virase el rumbo de la batalla. Pasaron varias jornadas y todo fue al revés. El enemigo se filtró por los flancos con su caballería, los lanceros y los soldados de avanzadilla. La sangre de los suyos esmaltaba los viñedos, las zarzamoras y los senderos de fuga. En el poniente dorado del horizonte, Don Pedro descifró el curso de la guerra: la bella ciudad de Parma empezaba a llenarse de estandartes y pendones, y una música nada familiar ascendía desde los patios de armas de los castillos. Todo parecía perdido. Era el momento de retroceder y urdir una nueva estrategia desde la retaguardia. A los pocos días, un jinete eludió a los centinelas y llegó hasta el conde, cuyo rostro ofuscado ardía al calor de una hoguera. Se desembarazó de la capa, se despojó del embozo y dijo: «Padre, he venido para morir o triunfar contigo».

Esta anécdota revela el carácter indómito de Pedro Abarca de Bolea, futuro Conde de Aranda. Contaba 17 años e ignoraba el miedo. Acababa de abandonar el Colegio de Nobles de Parma, atraído por el aroma de la pólvora y las emboscadas en mitad de la fronda. Atrás había dejado preceptores asombrosos que le enseñaban a leer los astros en el cielo constelado, geometría y arquitectura, y la sabiduría sensorial de los griegos. Aquella aventura se prolongó excesivamente. En el intervalo le asignaron esposa, su prima Ana María del Pilar Fernández de Híjar, a la que tardó a ver más de un año. Hundido en la acérrima nostalgia del enamorado, demostró que tenía un gran sentido de la estrategia, que sabía reptar como nadie en busca de una posición idónea y que poseía una formidable fuerza en el cuerpo a cuerpo. No sólo eso. Era inteligente en el acoso, artero con las armas y tenaz en sus proyectos. En 1740, retor-



nó a España para consumar su matrimonio y recibir los primeros galardones de la monarquía. Regresó a la campaña de Italia, sabiendo que iba a ser padre. El fragor de la reyerta no había descendido y el ducado de Parma seguía siendo su objetivo. El combate tenía una ferocidad inaudita y en más de una ocasión se encontró con las cabezas degolladas de los suyos, esparcidas sobre un bosque de ceniza. En 1743, en pleno invierno de vendaval y de desconcierto, fue herido de gravedad. Quedó arrumbado entre unos arbustos durante un día completo con los huesos desportillados en el olvido de la muerte, pero al fin fue localizado en Campo Santo (Lombardía) y lo trasladaron a España. Su aureola de mariscal corajinoso se agigantó: el monarca Fernando VI lo nombró gentilhombre de cámara y mariscal de campo.

El Conde de Aranda interrumpió sus gestas y se retiró a sus propiedades de Alcora, donde tenía una extraordinaria fábrica de cerámicas. Sin olvidarse de la Corte, pasó allí temporadas inolvidables. Se preocupó de los operarios, a los que les concedió el seguro de la vejez, y mejoró la calidad de las lozas y porcelanas. Contaba con secciones de torneado, moldeado y dibujo, y la empresa respiraba el influjo de la artesanía provenzal. Pedro Abarca de Bolea contratava a los grandes artistas franceses e italianos y se admiraba de su habilidad. Solía entrar en sus gabinetes o aproximarse a sus mesas de trabajo y, a través de sus relatos, viajaba por la historia del arte con verdadero entusiasmo. Les veía hacer conchas, cabezas de cordero, filigranas con los gavilanes y las lechuzas, toda suerte de placas y bustos enumerados, soperos con fuentes y flores, y figuras mitológicas de hidras o basiliscos. Aquel período fue un bálsamo de paz y tal vez un pretexto para consolidar su vida conyugal y asistir al crecimiento de su primogénito. Pero el Conde de Aranda sabía que su destino se evadía de cualquier refugio bucólico y efectuó un largo viaje de más de dos años por varias capitales europeas. Conoció París, la hermosa Viena, encerrada entre murallas coronadas de hiedra, Dresde, Berlín y Postdam, donde se detuvo a estudiar la táctica militar de Federico II de Prusia. Nada le resultaba indiferente: tomó notas de costumbres del país, de los nuevos armamentos, de la organización de los ejércitos y del estado de Europa.

Fernando VI parecía estar esperándolo para ofrecerle cargos de responsabilidad. Lo designó embajador en Lisboa en 1755 y permaneció en la *ciudad blanca* apenas seis meses. Allí comenzó a forjarse la espiral de su leyenda. A la vuelta de unos meses, se mitificaba la fiereza de su talante, su tesón inalterable y su procelosa ambición. Se decía que Aranda había tenido un enfrentamiento brutal con el embajador francés o que había acuchillado por la espalda al marqués de Pombal. Se decía que iba desarreglado por las calles de aquella ciudad fantástica y admirable, de torres, miradores y monasterios, y que agotaba las noches en los pontones del Tajo, entre borrachos, espías, visitantes de epidemias, furcias de color y marinos insomnes que esperaban el ataque del inglés. Aquella leyenda negra no hizo mella en el monarca; pudo ser en el camino de retorno, tras superar Ciudad Rodrigo o el cauce diáfano del Tormes, cuando le comunicaron al conde que había sido nombrado Director de Ingenieros y de Artillería.

Ese cargo sólo le trajo disgustos, pero fue toda una premonición que anticipaba su porvenir: el Conde de Aranda sería siempre un desterrado del reino. Un inadaptable, al que no se le soportaba ni su franqueza, ni su valentía, ni siquiera su astucia. O sus conocimientos de la guerra. Siempre deseó ser un adalid, un príncipe marcial a la conquista de Europa y del mundo. Propuso la modernización del ejército, pero se encontró con severos obstáculos por parte del ministro de la Guerra y de sus consejeros. Inicialmente discutió con ardor y con aspavientos; pero luego presentó la dimisión. Fue un mal trago, agravado por la defunción de su primogénito. Optó de nuevo por el descanso en sus propiedades de Aragón y de Valencia. Visitó la fábrica de Alcora y a sus maestros franceses e italianos, y sus castillos en Aragón: la gran fortaleza de Siétamo (Huesca), donde había nacido en 1719 y donde creció al calor de la lumbre entre lacayos, infanzones y un criado que le aseguraba cada tarde que si jugaba con el fuego comenzaría a orinar sin interrupción durante el sueño hasta anegar por completo el castillo, la vaguada y los maizales de la planicie. Recorrió la vasta hacienda de mansiones, casas solariegas y campos de cereal en Híjar. Supo esperar su oportunidad mientras cabalgaba por los valles y las campiñas o cazaba venados en los montes de matorral. Ascendía a los collados y departía con los pastores, o buscaba el agua helada de los ibones donde sumergía su pena por la pérdida de su heredero. Llevó una existencia deliberadamente oscura bajo la sombra tutelar de su esposa y afianzó sus vínculos con Aragón y con su primo Ramón Pignatelli. Cuando el nuevo rey Carlos III desplazó su séquito a Zaragoza, Aranda descendió con sus cortesanos a recibirlo. El soberano lo incorporó de nuevo al ejército y al poco tiempo lo envió de embajador a Polonia.

Permaneció en Sajonia dos años y fue reclamado por una emergencia de estado. España naufragaba en su batalla con Portugal en 1762. Los generales sufrían una pesadilla de pánico y de incompetencia. Aranda asumió el mando y cambió la suerte de la disputa, aunque no pudo vencer, sí igualó el festín del rencor. Se perdieron más de doce mil hombres y se impidió el avance de los lusitanos, antes de firmar el armisticio. En aquellas batallas en medio de las veloces aguas del Duero, se fraguó la suerte de Aranda. El noble aragonés se había encontrado con un ejército desatendido, falto de guías y de munición adecuada, ignorante de la geografía y muy mal alimentado. Con su sinceridad habitual, responsabilizó a Esquilache, el hombre fuerte del Gobierno, de la catástrofe. Éste juró venganza por aquella afrenta y determinó secretamente que aquél fuese el último acto militar de Aranda. Y efectivamente lo fue, aunque no podía imaginarse el ministro italiano que cuatro años después su enemigo iba a ser el encargado de liquidar el motín contra él en un Madrid enloquecido de sátiras y pregones, pasquines y forajidos, traidores y mentecatos. La consecuencia de aquella revuelta, que supuso la destitución y el destierro del italiano, fue que se decidió la expulsión de los jesuitas de España. El encargado de sacarlos a medianoche de sus casas fue el Conde de Aranda, quien los depositó al pie de naves sigilosas para que emprendiesen el éxodo por Europa. Pedro de Abarca y Bolea fue

únicamente el verdugo precipitado de una conjura cuyo alcance desconocía, el brazo ejecutor de una maquinación siniestra que habría de granjearle toda suerte de enemistades, malquistamientos y equívocos con los historiadores. A raíz de aquel suceso todos le consideraron impío e irreverente, sanguinario y taimado, y pocos observaron numerosos detalles que probaban todo lo contrario: en 1789, tras la Revolución Francesa, acogió a los monjes y a los sacerdotes perseguidos y les dio tierras y haciendas para que continuasen con sus quehaceres monásticos. En París y Versalles, durante su dilatada embajada, lo sorprendieron en más de una ocasión, en una actitud orante, recluido en el silencio sepulcral de las capillas y las catedrales.

Elegido presidente del Consejo de Castilla, ejerció el cargo con determinación y sentido de la ecuanimidad. Apoyó las Sociedades Económicas de Amigos del País, creó escuelas, montepíos y seguros para los trabajadores; abogó por el reparto de tierras a los braceros y fundó colonias agrícolas en Sierra Morena; favoreció los cauces de riego y navegación e impulsó el Canal Imperial de Aragón, nombrando Protector a su primo Pignatelli. Su visión reformista tenía una terca oposición en la Corte y las intrigas no cesaron hasta que Carlos III se deshizo de él concediéndole un cargo rutilante, una máscara de gloria: lo nombró embajador en París. Mantenía una distancia abismal con los ministros Grimaldi, Campomanes y Roda. Éste, en una visita que le hizo de madrugada, lo vio así: «Esta noche he ido a ver al Conde de Aranda; estaba levantado, pero tiene la sangre podrida, y éste es su mal». Los tres convenían que Aranda, al que le sobraban luces, convicción y una personalidad irascible, era un político demasiado ambicioso y perspicaz al que era mejor tener lejos.

Su estancia en París no fue fácil. Tanto el Rey como sus secuaces, especialmente el Conde de Floridablanca, lo ignoraron. Con frecuencia, estrangulado por las deudas y la falta de palacio, les solicitaba dinero o que intercediesen por él ante la Corte francesa, pero no obtenía respuesta. No obstante, su presencia en Versalles fue decepcionante. Al menos, en un primer momento. Una cortesana dijo que se le esperaba con auténtica emoción, porque se creía que era un prócer altivo y elegante, un caballero ilustrado que amaba el arte, los libros, los idiomas y la cerámica. Cuando lo vieron aparecer en las estancias refinadas de lámparas votivas, la decepción fue mayúscula. Parecía un adefesio. O un aldeano rústico a quien acababan de embutir en un traje de gala. Tenía el rostro amostazado, casi bruno, la cara espesa y bizqueaba de un ojo; el cuello se le desplazaba hacia un lado; la voz, densa y desgajada, y abusaba del rapé, que le había hinchado su roma nariz. No sabía vestir y era sordo de un oído. Pero tampoco sabía hablar: era abrupto y rudo en sus dichos, vulgar en las frases y nada cautivador en sus asuntos. Lo cual no fue obstáculo para que la favorita del soberano francés, Madame Du Barry, intentase acercársele. Sin embargo, Aranda no mostró ningún interés por su belleza, ni por su conversación, aunque en Francia dejó fama de seductor e incluso de castigador erótico, poco escrupuloso en sus relaciones con las prostitutas y las concubinas del azar. Alejado de su esposa, que lo aguardaba en España, pasó toda suerte de *estrecheces* y de calamidades. Alquiló

varios hoteles para hallar una morada digna de su alcurnia y pagó rentas elevadas que lo dejaron al borde la ruina. A su mesa se sentaban más de veinte comensales y había cocineros, maestros de repostería, lacayos, secretarios y correos; recibía numerosos diarios de la época y los envíos a las cancillerías y a España quebrantaban la economía. Su carencia de liquidez no le permitía renovar la plata, ni los candelabros, ni adquirir un nuevo servicio de porcelana o efectuar regalos extraordinarios. Ni para recibir a Voltaire, con el que intercambió únicamente epístolas comerciales sobre cerámicas y paños. Hacia 1783, al cabo de una década de estancia en París, pidió permiso a Carlos III para ver a su mujer, pero su fallecimiento lo sorprendió en Guadalajara, acaso en el mismo momento en que el embajador desanudaba la última epístola de Ana María, quien se despedía con un «tuya eternamente hasta morir».

Apenas tardó en casarse con su sobrina nieta Pilar Fernández de Híjar. Contaba 17 años y una hermosura desmayada. Aranda se adentró en su segundo esponsal con el furor de un viejo sátiro. «Deseo entrar cuanto antes en el goce de la prebenda», le confesó a su secretario Ignacio de Heredia. El narrador y viajero inglés, William Beckford, ha recordado a la joven sentada al pie de un brasero de plata, en el interior de un apartamento tapizado de satén, como si fuese incapaz de adaptarse al lujo, al placer y a la pompa. El autor de *Vahtek* la vio «pálida y desvaída como un narciso o un lirio del valle».

Al Conde de Aranda aún le restaban amarguras en España. Volvió al cabo de 14 años y fue designado decano del Consejo de Estado en 1792, pero muy pronto le surgió otro enemigo irreconciliable: Godoy, el valido y amante de la reina María Luisa. El enfrentamiento tenía su origen en el recelo y en la actitud de Aranda, contrario a una guerra con Francia. Eso le costó el destierro, un proceso como reo de Estado y el vilipendio público. Paseó su cuerpo rebelde y nervioso por Jaén, la Alhambra de Granada y Alhama. Por fin, Godoy —bautizado no sin sarcasmo como *El príncipe de la paz*— accedió a levantarle el castigo de confinamiento y le permitió morir entre los suyos, en los cuarteles de invierno de su palacio de Épila, bajo la muda protección de su alicaída y estéril esposa.

